



KAREN
ARMSTRONG

CAMPOS DE SANGRE

La religión
y la historia de
la violencia

PAIDÓS ORÍGENES



KAREN ARMSTRONG

CAMPOS DE SANGRE

La religión y la historia de la violencia

Traducción de
Antonio Francisco Rodríguez Esteban



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Fields of Blood*, de Karen Armstrong
Publicado originalmente en inglés por The Bodley Head, A Penguin Random House Company

Traducción de Antonio Francisco Rodríguez Esteban

Diseño de la cubierta: © James Jones
Adaptación del diseño de cubierta del Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial del Grupo Planeta

1ª edición, abril 2015

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Karen Armstrong 2014
© 2015 de la traducción, Antonio Francisco Rodríguez Esteban
© 2015 de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U.,
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3111-4
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Depósito legal: B-6.260-2015
Impresión y encuadernación: Reinbook Impres

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Introducción.....	13
-------------------	----

Primera parte

INICIOS

1. Granjeros y pastores	31
2. India: el noble sendero	57
3. China: guerreros y caballeros	89
4. El dilema hebreo	117

Segunda parte

MANTENER LA PAZ

5. Jesús: ¿no era de este mundo?	145
6. Bizancio: la tragedia del Imperio	171
7. El dilema musulmán	195
8. Cruzada y yihad	221

Tercera parte
MODERNIDAD

9. La llegada de la «religión»	255
10. El triunfo de lo secular	285
11. La religión contraataca	327
12. Terror sagrado	365
13. Yihad global	395
Epílogo	423
Agradecimientos	433
Notas	435
Bibliografía	523
Índice analítico y de nombres	557

Abel era pastor de ovejas, Caín era labrador [...]
Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín sobre su hermano Abel y lo mató.
El Señor dijo a Caín:
—¿Dónde está Abel, tu hermano?
Respondió Caín:
—No sé; ¿soy yo, acaso, el guardián de mi hermano?
El Señor le replicó:
—¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde la tierra.

Génesis 4:2, 8-10

Capítulo 1

Granjeros y pastores

Gilgamesh, nombrado en la antigua lista real como el quinto gobernador de Uruk, era recordado como «el más fuerte de los hombres, enorme, hermoso, radiante, perfecto».¹ Puede haber existido y haber adquirido pronto un aura legendaria. Se dijo que lo había visto todo, que había viajado a los confines de la tierra, visitado el inframundo y adquirido gran sabiduría. A principios del III milenio a. C., Uruk, situada en lo que hoy es el sur de Irak, era la mayor ciudad estado de la federación de Sumeria, la primera civilización del mundo. El poeta Sin-leqi, que escribió su versión de la notable vida de Gilgamesh en torno al 1200 a. C., aún se paseaba con orgullo por sus templos, palacios, jardines y tiendas. «¡Pasead por el muro de Uruk! —anima a sus lectores, con excitación—. ¡Seguid su curso alrededor de la ciudad, inspeccionad los poderosos cimientos, examinad el enladrillado, lo hábilmente que ha sido construido!»² Esta espléndida fortificación mostraba que la guerra se había convertido en un hecho de la vida humana. Sin embargo, no había sido un desarrollo inevitable. Durante cientos de años, Sumeria no había sentido la necesidad de proteger sus ciudades de un ataque exterior. Sin embargo, Gilgamesh, que probablemente gobernó en torno al 2750 a. C., fue un nuevo tipo de rey sumerio, un «toro salvaje, un líder invencible, héroe en la primera línea, amado por sus soldados; lo llamaban *fortaleza, protector del pueblo, corriente iracunda que destruye todas las defensas*».³

A pesar de su pasión por Uruk, Sin-leqi tuvo que admitir que la civilización tenía sus descontentos. Los poetas empezaron a contar la his-

toria de Gilgamesh poco después de su muerte porque se trata de un cuento arquetípico, uno de los primeros relatos literarios del viaje de un héroe.⁴ Pero también afronta la ineludible violencia estructural de la vida civilizada. Oprimido, empobrecido y miserable, el pueblo de Uruk suplicaba a los dioses que le concedieran algún alivio ante la tiranía de Gilgamesh:

La ciudad es su posesión, la recorre
ufano, arrogante, con la cabeza alta,
pisoteando a sus ciudadanos como un toro salvaje.
Es rey, hace cuanto quiere,
hostiga sin justificación a los jóvenes de Uruk,
Gilgamesh no deja que los hijos visiten a sus padres.⁵

Estos jóvenes tal vez fueron reclutados para los grupos de trabajo que reconstruyeron el muro de la ciudad.⁶ La vida urbana no habría sido posible sin la explotación sin escrúpulos de la vasta mayoría de la población. Gilgamesh y la aristocracia sumeria vivían en un esplendor sin precedentes, pero la civilización sólo trajo miseria y opresión a las masas campesinas.

Los sumerios parecen haber sido el primer pueblo en requisar el excedente agrícola cultivado por la comunidad y crear una clase gobernante privilegiada. Algo que sólo se podía lograr por la fuerza. Los colonos emprendedores se sintieron atraídos por la fértil llanura entre el Tigris y el Éufrates en torno al 5000 a. C.⁷ Era demasiado seca para el cultivo, por lo que diseñaron un sistema de irrigación que controlara y distribuyera el deshielo de las montañas que cada año inundaba la llanura. Fue un logro extraordinario. Había que planear, diseñar, y mantener canales y acequias en un esfuerzo cooperativo, así como repartir equitativamente el agua entre comunidades rivales. El nuevo sistema probablemente nació a pequeña escala, pero pronto condujo a un extraordinario crecimiento del rendimiento agrícola y por lo tanto a una explosión poblacional.⁸ En el 3500 a. C., Sumeria contaba con medio millón de almas, una cifra hasta entonces inimaginable. Un fuerte liderazgo, sin duda, resultó esencial, pero lo que en realidad transformó a estos simples granjeros en habitantes de la ciudad sigue siendo tema de un debate interminable; sin embargo, se vio implicado cierto número de factores interrelacionados que se refuerzan mutuamente: el crecimiento de la población, la fecundidad agrícola sin precedentes y el cultivo intensivo

exigido por la irrigación —por no mencionar la pura ambición humana— contribuyeron a crear un nuevo tipo de sociedad.⁹

Todo lo que sabemos a ciencia cierta es que alrededor del 3000 a. C. había doce ciudades en la llanura de Mesopotamia, sostenidas por los productos agrícolas cultivados por los campesinos en las tierras circundantes. La suya era una vida de subsistencia. Cada aldea tenía que transportar toda la cosecha a la ciudad que servía; los funcionarios separaban una parte para alimentar a los campesinos locales y el resto se almacenaba para la aristocracia en los templos de la ciudad. Así, unas pocas grandes familias, con ayuda de una casta de sirvientes —burócratas, soldados, mercaderes y criados domésticos— se apropiaban de la mitad o de dos tercios de los ingresos.¹⁰ Utilizaban este excedente para llevar otro tipo de vida, entregados a actividades que dependen del ocio y la riqueza. A cambio, mantenían el sistema de irrigación y preservaban cierto grado de ley y orden. Todos los Estados premodernos temían la anarquía: la pérdida de una sola cosecha provocada por la sequía o el malestar social podía originar miles de muertes, por lo que la élite podía decirse a sí misma que este sistema beneficiaba a la población en su conjunto. No obstante, al arrebatárles los frutos de su trabajo, los campesinos apenas eran algo más que esclavos: araban, cosechaban, excavaban canales de irrigación, eran forzados a la degradación y a la penuria, las duras tareas del campo extenuaban su fuerza vital. Si no lograban satisfacer a sus capataces, les partían las patas a sus bueyes y se talaban sus olivos.¹¹ Dejaron registros fragmentarios de su impotencia. «El pobre está mejor muerto que vivo», se lamentaba un campesino.¹² «Soy un caballo pura sangre —se quejaba otro—, pero estoy atado junto a un mulo y tengo que tirar de un carro y transportar hierbas y rastros.»¹³

Sumeria concibió el sistema de violencia estructural que prevalecería en cada Estado agrícola hasta el período moderno, cuando la agricultura dejó de ser la base de la civilización.¹⁴ Su rígida jerarquía quedaba simbolizada en los zigurats, las gigantescas torres templo escalonadas que eran el sello de la civilización mesopotámica: la sociedad sumeria también estaba estructurada en capas progresivamente más estrechas que culminaban en una exaltada cumbre aristocrática; cada individuo estaba inexorablemente atado a su lugar.¹⁵ Sin embargo, los historiadores argumentan que sin esta cruel disposición que ejercía la violencia sobre la inmensa mayoría de la población, los seres humanos no habrían podido desarrollar las artes y las ciencias que han hecho posible el pro-

greso. La propia civilización requería de una clase ociosa para cultivarse, y por lo tanto durante miles de años nuestros mejores logros se conquistaron sobre las espaldas del campesinado explotado. No es una coincidencia que cuando los sumerios inventaron la escritura su objetivo fuera el control social.

¿Qué papel cumplió la religión en este proceso nocivo? Todas las comunidades políticas crean ideologías que cimentan sus instituciones en el orden natural, tal como lo perciben.¹⁶ Los sumerios sabían lo frágil que resultaba su innovador experimento urbano. Sus edificios, erigidos con ladrillos de barro, necesitaban un mantenimiento constante; era frecuente que el Tigris y el Éufrates se desbordaran y arruinaran las cosechas; las lluvias torrenciales convertían la tierra en un mar de barro, y las aterradoras tormentas dañaban los terrenos y mataban el ganado. Pero los aristócratas empezaron a estudiar astronomía y descubrieron patrones regulares en el movimiento de los cuerpos celestes. Se maravillaron ante el hecho de que los diferentes elementos del mundo natural trabajaran juntos para crear un universo estable, y llegaron a la conclusión de que el propio cosmos debía de ser algún tipo de Estado en el que todo tenía una función asignada. Creían que si modelaban sus ciudades de acuerdo con el orden celeste, su sociedad experimental se armonizaría con el funcionamiento del mundo y a la postre prosperaría y perduraría.¹⁷

Creían que el Estado cósmico estaba controlado por dioses inseparables de las fuerzas naturales, en nada semejantes al «Dios» actualmente adorado por judíos, cristianos y musulmanes. Estas deidades no podían controlar los acontecimientos, estaban atadas por las mismas leyes que los humanos, animales y plantas. No había un gran salto ontológico entre lo humano y lo divino; Gilgamesh, por ejemplo, era humano en una tercera parte y dos tercios divino.¹⁸ Los anunnakis, los dioses superiores, eran los álter ego celestiales de los aristócratas, sus identidades más completas y eficaces, diferentes de los humanos sólo en que eran inmortales. Los sumerios imaginaban a estos dioses como seres preocupados por la planificación de la ciudad, la irrigación y el gobierno, al igual que ellos. Anu, el cielo, gobernaba ese reino arquetípico desde su palacio en las alturas, pero su presencia también se sentía en toda autoridad terrenal. Enlil, el señor de la tormenta, no sólo se revelaba en las cataclísmicas tormentas de Mesopotamia, sino también en todo tipo de fuerza y violencia humana. Era el principal consejero de Anu en el Consejo Divino (que servía de modelo a la asamblea sumeria), y Enki, que

enseñó a los seres humanos las artes de la civilización, era su Ministro de Agricultura.

Todo Estado —incluso nuestro secular Estado nación— depende de una mitología que define su carácter y misión específicos. La palabra *mito* ha perdido su fuerza en los tiempos modernos y tiende a significar algo que no es cierto, que nunca ha sucedido. Pero en el mundo premoderno, la mitología expresaba una realidad atemporal y no histórica, y proporcionaba un proyecto para la acción en el presente.¹⁹ En esta temprana etapa de la historia, cuando el registro arqueológico e histórico es tan escaso, la mitología que preservaron en su escritura es el único camino disponible para explorar las mentes sumerias. Para estos pioneros de la civilización, el mito del Estado cósmico era un ejercicio de ciencia política. Los sumerios sabían que su sociedad estratificada se alejaba drásticamente de la norma igualitaria que había prevalecido durante un tiempo inmemorial, pero estaban convencidos de que de algún modo estaba encerrada en la propia naturaleza de las cosas y que incluso los dioses estaban atados a ella. Se decía que mucho antes de que los humanos existieran, los dioses vivían en ciudades mesopotámicas, cultivando su propia comida y gestionando el sistema de irrigación.²⁰ Tras la gran inundación, partieron hacia el cielo y nombraron a la aristocracia sumeria para gobernar las ciudades en su lugar. Responsables ante sus maestros divinos, la clase gobernante no tuvo ninguna opción en este asunto.

Siguiendo la lógica de la filosofía perenne, la gestión política sumeria imitó la de sus dioses; creían que esto les permitía participar en la fuerza del reino divino. Cada ciudad gozaba de su propia deidad patrimonial y era gobernada como la hacienda personal de ese dios.²¹ Representado por una estatua de tamaño natural, el dios gobernante vivía en el templo principal con su familia y una cohorte de sirvientes y criados divinos, cada uno de los cuales también estaba representado en efigie en una serie de habitaciones. Los dioses eran alimentados, vestidos y agasajados en elaborados rituales y cada templo poseía enormes parcelas de labranza y rebaños de ganado en su nombre. Todos en la ciudad estado, al margen de lo insignificante que fuera su tarea, estaban comprometidos en el servicio divino, oficiando los ritos de los dioses, trabajando en sus cervecerías, industrias y talleres, limpiando sus altares, pastoreando y sacrificando sus animales, horneando su pan y vistiendo sus estatuas. No había nada secular en Mesopotamia y nada personal en su religión. Era una teocracia en la que todos —desde el mayor de los aristócratas al menor de los artesanos— participaban de una actividad sagrada.

La religión mesopotámica era esencialmente comunitaria; hombres y mujeres no pretendían vivir lo sagrado en la privacidad de sus corazones, sino fundamentalmente en una comunidad sagrada. La religión premoderna carecía de una existencia institucional independiente; formaba parte de la gestión política, social y doméstica de una sociedad y le proporcionaba un sistema global de significados. Sus objetivos, lenguaje y rituales estaban condicionados por estas consideraciones mundanas. Al ofrecer la plantilla para la sociedad, la práctica religiosa mesopotámica parece haber sido el absoluto opuesto de nuestra moderna noción de *religión* como una experiencia espiritual privada: era esencialmente una cuestión política y no tenemos registros de devoción personal.²² Los templos de los dioses no sólo eran lugares para la plegaria, sino centros económicos, ya que el excedente agrícola se almacenaba en ellos. Los sumerios no tenían una palabra para *sacerdote*: los aristócratas, que también eran los burócratas, poetas y astrónomos de la ciudad, oficiaban el culto urbano. Algo adecuado, porque para ellos toda actividad —y especialmente la política— era sagrada.

Este elaborado sistema no era simplemente una justificación poco sincera de la violencia estructural del Estado ante todo un intento de investir de sentido este audaz y problemático experimento humano. La ciudad era el mayor artefacto de la humanidad: artificial, vulnerable y dependiente de la coerción institucionalizada. La civilización exige sacrificio, y los sumerios tenían que convencerse a sí mismos de que el precio que estaban arrancando a los campesinos era necesario y merecía la pena. Al afirmar que su sistema desigual estaba en armonía con las leyes esenciales del cosmos, los sumerios expresaron una realidad política inexorable en términos míticos.

Parecía una ley de hierro porque no había alternativa. A finales del siglo xv a. C. se establecieron civilizaciones agrarias en Oriente Medio, Asia oriental y sureste asiático, norte de África y Europa, y en cada una de ellas —tanto en la India como en Rusia, Turquía, Mongolia, Oriente Medio, China, Grecia o Escandinavia—, los aristócratas explotaron a sus campesinos tal como hicieron los sumerios. Sin esta violencia aristocrática habría sido imposible forzar a los campesinos a producir un excedente económico, porque el crecimiento de la población habría seguido el ritmo de los avances en la productividad. Por desagradable que parezca, al forzar a las masas a vivir en el nivel de subsistencia, la aristocracia controló el crecimiento de la población e hizo viable el progreso humano. Si ese excedente no se hubiera sustraído a los campesinos, no

habría habido recursos económicos para sostener a los técnicos, científicos, inventores, artistas y filósofos que acabaron originando nuestra moderna civilización.²³ Y, como el monje trapense estadounidense Thomas Merton señaló, todos los que nos hemos beneficiado de esa violencia sistémica estamos implicados en el sufrimiento infligido a la inmensa mayoría de los hombres y las mujeres a lo largo de cinco mil años.²⁴ O, como afirmaba Walter Benjamin: «No hay un documento de civilización que a un tiempo no sea un documento de barbarie».²⁵

Los gobernantes agrarios consideraban el Estado como su propiedad privada y se sentían libres para explotarlo para su propio enriquecimiento. En los registros históricos nada sugiere que sintieran responsabilidad alguna por sus campesinos.²⁶ Como el pueblo de Gilgamesh, que se queja en la *Epopéya*: «La ciudad es su posesión [...]. Es rey, hace cuanto quiere». Sin embargo, la religión sumeria no aprobaba completamente esta desigualdad. Cuando los dioses oyeron estas quejas angustiadas, le dijeron a Anu: «Gilgamesh, pese a ser noble y espléndido, ha rebasado todo límite. El pueblo sufre su tiranía [...]. ¿Es así como quieres que gobierne tu rey? ¿Debería un pastor salvar a su propio rebaño?».²⁷ Anu niega con la cabeza, pero no puede cambiar el sistema.

El poema narrativo *Atrabasis* (c. 1700 a. C.) está ambientado en el período mítico, cuando los dioses aún vivían en Mesopotamia y «dioses y no hombres» hacían el trabajo del que depende la civilización.²⁸ El poeta explica que los anunnakis, la aristocracia divina, forzaron a los igigis, los dioses inferiores, a llevar una pesada carga: durante tres mil años araron y cosecharon los campos, y cavaron los canales de irrigación, incluso tuvieron que excavar los lechos del Tigris y del Éufrates. «Día y noche gemían y se culpaban unos a otros», pero los anunnakis no hicieron caso.²⁹ Por último, una muchedumbre enfurecida se reúne ante el palacio de Enlil: «Cada uno de nosotros, los dioses, se declara en guerra. ¡Hemos dejado de excavar! —gritan—. La carga es excesiva. ¡Nos está matando!».³⁰ Enki, «ministro» de Agricultura, está de acuerdo. El sistema es cruel e insostenible, y los anunnakis se equivocaron al ignorar la grave situación de los igigis: «¡Su trabajo era muy duro; muchas sus cuitas! Cada día temblaba la tierra. ¡La señal de advertencia era grande!».³¹ Pero si nadie realiza un trabajo productivo la civilización colapsará, por lo que Enki ordena a la diosa madre crear a los seres humanos para sustituir a los igigis.³² Los dioses no se sienten responsables de la difícil situación de sus trabajadores humanos. A las esforzadas masas no se les permitía vulnerar su existencia privilegiada, por lo que

cuando los seres humanos llegan a ser tan numerosos que su ruido mantiene despiertos a sus divinos señores, los dioses deciden diezmar la población con una plaga. El poeta retrata gráficamente su sufrimiento.

Sus rostros estaban cubiertos de costras, como malta,
 sus rostros eran cerúleos,
 caminaban decrepitos,
 sus firmes hombros, encorvados,
 su digno porte, abatido.³³

Una vez más, la crueldad aristocrática no deja de ser criticada. Enki, a quien el poeta llama «el de vista penetrante», desafía valientemente a sus compañeros dioses, recordándoles que sus vidas dependen de sus esclavos humanos.³⁴ Los anunnakis aceptan liberarlos y retirarse a la paz y el silencio del cielo. Ésta es una expresión mítica de una dura realidad social: la distancia que separaba a la nobleza de los campesinos era tan grande que vivían en dos mundos diferentes.

El *Atrabasis* acaso fue concebido para ser recitado en público y la historia también parece haberse preservado oralmente.³⁵ Se han hallado fragmentos de este texto con un intervalo de mil años de diferencia temporal, lo que da cuenta de que se trataba de un relato muy conocido.³⁶ Así pues, la escritura, originalmente inventada para servir a la violencia estructural de Sumeria, empezó a registrar la inquietud de los miembros más atentos de la clase gobernante, que no pudieron encontrar una solución al dilema de la civilización, pero que al menos abordaron directamente el problema. Veremos cómo otros —profetas, sabios y místicos— también alzaron sus voces en signo de protesta e intentaron idear una forma más equitativa para la vida en común de los seres humanos.

La *Epopéya de Gilgamesh*, ambientada a mediados del III milenio, cuando Sumeria fue militarizada, presenta la violencia marcial como el signo distintivo de la civilización.³⁷ Cuando el pueblo pidió ayuda a los dioses, Anu intenta aliviar su sufrimiento entregando a Gilgamesh alguien de su propio tamaño para combatir con él y desviar así parte de su excesiva agresividad. La diosa madre crea entonces a Enkidu, el hombre primitivo. Es enorme, velludo y tiene una fuerza prodigiosa, pero es un alma amable y bondadosa que pasea felizmente entre los herbívoros y

los protege de los depredadores. Para cumplir el plan de Anu, Enkidu ha de pasar de ser un pacífico bárbaro a un agresivo hombre civilizado. La sacerdotisa Shamhat recibe la tarea de educarlo y, bajo su tutela, Enkidu aprende a razonar, comprende el lenguaje y toma alimentos humanos; le cortan el cabello, frotan su piel con aceites perfumados y por último «se convierte en un hombre. Lo visten y se asemeja a un guerrero». ³⁸ El hombre civilizado era, esencialmente, un hombre de guerra, henchido de testosterona. Cuando Shamhat menciona la destreza militar de Gilgamesh, Enkidu palidece de ira. «¡Llebadme ante Gilgamesh! —grita, golpeándose el pecho—. ¡Le gritaré a la cara que soy el más fuerte! ¡Soy el hombre capaz de hacer temblar el mundo! ¡Soy supremo!» ³⁹ Muy pronto, los dos machos alfa se miran de frente y empiezan a luchar, corriendo por las calles de Uruk, con sus miembros entrelazados en un abrazo casi erótico, hasta que, por último, saciados, «se besaron y sellaron su amistad». ⁴⁰

En esta época, la aristocracia mesopotámica había empezado a complementar sus ingresos con la guerra, por lo que en el siguiente episodio Gilgamesh anuncia que se dispone a liderar una expedición militar de cincuenta hombres al Bosque de los Cedros, custodiado por el temible dragón Humbaba, a fin de traer a Sumeria la madera preciosa de aquel lugar. Es probable que estas incursiones en busca de materias primas permitieran a las ciudades mesopotámicas dominar las montañas del norte, ricas en artículos de lujo de amplia difusión entre la aristocracia. ⁴¹ Se habían enviado mercaderes a Afganistán, al valle del Indo y a Turquía para traer madera, metales básicos, y piedras preciosas y semipreciosas. ⁴² Pero para un aristócrata como Gilgamesh la única manera noble de adquirir esos recursos escasos era la fuerza. En todos los futuros Estados agrícolas, los aristócratas se distinguirán del resto de la población por su habilidad para vivir sin trabajar. ⁴³ El historiador de la cultura Thorstein Veblen explicó que en esas sociedades, «el trabajo se asocia a la [...] debilidad y a la servidumbre». El trabajo, aun el comercio, no sólo tenía «mal predicamento [...], sino que era *moralmente* imposible para los hombres nacidos libres». ⁴⁴ Debido a que un aristócrata debía este privilegio a la expropiación forzosa del excedente de los campesinos, «la obtención de bienes por medios distintos al embargo se consideraba indigna». ⁴⁵

Por lo tanto, para Gilgamesh el robo organizado de la guerra no sólo es noble, sino moral, y se asume tanto para el enriquecimiento personal como para el beneficio de la humanidad. «Ahora hemos de viajar

al Bosque de Cedros, donde vive el fiero monstruo Humbaba —anuncia con prepotencia—: Tenemos que matarlo y arrancar la maldad del mundo.»⁴⁶ Para el guerrero, el enemigo siempre es monstruoso, la antítesis de todo lo bueno. Pero curiosamente el poeta se negó a conceder una sanción ética o religiosa a esta expedición militar. Los dioses se pronuncian claramente en contra. Enlil pidió específicamente a Humbaba que guardara el bosque contra el ataque de los depredadores; la madre de Gilgamesh, la diosa Ninsun, se muestra horrorizada por el plan y en primer lugar culpa a Shamash, el dios sol y patrono de Gilgamesh, por sembrar esta idea atroz en la mente de su hijo. No obstante, cuando le preguntan, Shamash no parece saber nada al respecto.

Incluso Enkidu se opone inicialmente a la guerra. Humbaba, afirma, no es malo; cumple una tarea ecológicamente razonable para Enlil, y ser aterrador forma parte de esa tarea. Pero Gilgamesh está cegado por el código de honor aristocrático.⁴⁷ «¿Por qué, querido amigo, hablas como un cobarde? —se mofa de Enkidu—: Si muero en el bosque en esta gran aventura, ¿no te sentirás avergonzado cuando la gente diga: “Gilgamesh encontró la muerte de un héroe al luchar contra Humbaba. ¿Y dónde estaba Enkidu? ¡A salvo, en casa!”.»⁴⁸ No se trata de los dioses o de la simple avaricia, sino de orgullo, una obsesión por la gloria marcial y el deseo de una reputación póstuma de valor y atrevimiento es lo que impulsa a Gilgamesh al combate. «Somos hombres mortales», recuerda a Enkidu:

Sólo los dioses viven para siempre. Nuestros días
son pocos en número, y todo lo que hagamos
apenas es un soplo de viento. ¿Por qué temer entonces,
si más tarde o más temprano ha de llegar la muerte? [...]
Pero tanto si vienes como si no,
cortaré el árbol, mataré a Humbaba,
mi nombre será eterno,
inscribiré mi fama en la mente de los hombres, para siempre.⁴⁹

La madre de Gilgamesh culpa a su «corazón inquieto» por este proyecto delirante.⁵⁰ Una clase ociosa tiene mucho tiempo en sus manos; recoger los tributos y supervisar el sistema de irrigación era un trabajo insulso para una especie creada para ser intrépida cazadora. El poema señala que los jóvenes se irritaban contra la trivialidad de la vida civil que, como explicó Chris Hedges, llevó a muchos de ellos a buscar un sentido en el campo de batalla.

El resultado es trágico. En la guerra siempre hay un momento en el que la espantosa realidad se abre paso entre el glamur.⁵¹ Humbaba resulta ser un monstruo muy razonable, que ruega por su vida y ofrece a Gilgamesh y a Enkidu toda la madera que desean, pero aun así lo despedazan salvajemente. Poco después, una suave lluvia cae del cielo, pues la propia naturaleza lamenta esta muerte inútil.⁵² Los dioses muestran su malestar con la expedición quitándole la vida a Enkidu con una enfermedad fatal; Gilgamesh es obligado a asumir su propia mortalidad. Incapaz de asimilar las consecuencias de la guerra, da la espalda a la civilización, vaga desaharrapado por los eriales e incluso desciende al inframundo para encontrar un antídoto a la muerte. Por último, cansado pero resignado, se ve obligado a aceptar las limitaciones de su humanidad y regresa a Uruk. Al alcanzar los arrabales de la ciudad, dirige la atención de su compañero al gran muro que rodea la ciudad: «Observa los muros de tierra que cercan las palmeras, los jardines, los huertos, los gloriosos palacios y templos, las tiendas y mercados, las casas, las plazas públicas».⁵³ Personalmente, él morirá, pero alcanzará una suerte de inmortalidad al cultivar la vida civilizada y los placeres que permiten a los seres humanos explorar nuevas dimensiones de la existencia. Sin embargo, el célebre muro de Gilgamesh ahora era esencial para la supervivencia de Uruk, porque después de siglos de cooperación pacífica, las ciudades estado sumerias habían empezado a luchar unas contra otras. ¿Qué había causado este trágico desenlace?

No todo el mundo en Oriente Medio aspiraba a la civilización: los pastores nómadas preferían vagar libremente por las montañas con su ganado. Llegaron a formar parte de la comunidad agrícola, viviendo en la linde de la tierra cultivable para que sus ovejas y rebaños no dañaran las cosechas. Sin embargo, poco a poco se fueron alejando hasta abandonar las limitaciones de la vida sedentaria y recuperar el nomadismo.⁵⁴ Los pastores de Oriente Medio probablemente se convirtieron en una comunidad plenamente independiente en una etapa tan temprana como el 6000 a. C., aunque siguieron intercambiando sus pieles y productos lácteos con las ciudades, a cambio de grano.⁵⁵ Pronto descubrieron que la forma más fácil de sustituir a los animales perdidos era robar el ganado de ciudades cercanas y tribus rivales. Por lo tanto, el enfrentamiento se hizo esencial para la economía de los pastores. Una vez se domesticó el caballo y se construyeron vehículos con ruedas, estos pastores se ex-

tendieron por la meseta de Asia central y a principios del III milenio llegaron a China.⁵⁶ En aquel momento eran guerreros formidables, equipados con armas de bronce, carros de guerra y el letal arco compuesto, que podía disparar a larga distancia con una precisión devastadora.⁵⁷

Los pastores que se establecieron en las estepas caucásicas del sur de Rusia en torno al 4500 a. C. compartían una cultura común. Se llamaban a sí mismos *arios* («nobles, honorables»), pero los conocemos como *indoeuropeos* porque su lenguaje constituyó la base de muchas lenguas asiáticas y europeas.⁵⁸ Alrededor del 2500 a. C., algunos arios abandonaron las estepas y conquistaron amplias zonas de Asia y Europa, convirtiéndose en los ancestros de los hititas, los celtas, los griegos, los romanos, los germanos, los escandinavos y los anglosajones. Entretanto, las tribus que permanecieron en el Cáucaso se fueron separando con el tiempo. Siguieron viviendo unos al lado de otros —no siempre de forma amistosa—, hablando diferentes dialectos de la lengua protoindoeuropea hasta que, en torno al 1500 a. C., también emigraron de las estepas: los hablantes del idioma avéstico se asentaron en lo que hoy es Irán y los hablantes de sánscrito colonizaron el subcontinente indio.

Los arios consideraban la vida del guerrero como infinitamente superior al tedio y la constante laboriosidad de la existencia agrícola. El historiador romano Tácito (c. 55-120 d. C.) señalaría más tarde que las tribus germánicas que conoció preferían «desafiar al enemigo y ganar el honor de las heridas» al duro trabajo de sembrar y al hastío de esperar que crecieran las cosechas: «No, realmente les parece soso y estúpido adquirir con el sudor del trabajo lo que pueden conquistar con su sangre».⁵⁹ Como los aristócratas urbanos, también despreciaban el trabajo, lo concebían como una señal de inferioridad y como algo incompatible con la vida *noble*.⁶⁰ Además, sabían que el orden cósmico (*rita*) sólo era posible porque el caos era controlado por los grandes dioses (*devas*)* —Mitra, Varuna y Mazda—, que obligaban a las estaciones a sucederse regularmente, mantenían los cuerpos celestes en su lugar y hacían de la tierra un lugar habitable. Los seres humanos sólo podían vivir de modo ordenado y productivo si se les obligaba a sacrificar sus propios intereses a los del grupo.

Por lo tanto, la violencia yacía en el corazón de la existencia social y en la mayoría de las culturas antiguas esta verdad se expresaba en el

* En el idioma avéstico, el sánscrito *devas* se convirtió en *daevas*.

derramamiento de sangre ritualizado del sacrificio animal. Como los cazadores prehistóricos, los arios asumieron el hecho trágico de que la vida depende de la destrucción de otros seres. Expresaron su convicción en la historia mítica de un rey que de forma noble permite que lo asesine su hermano, un sacerdote, y así da vida a un mundo ordenado.⁶¹ Un mito nunca ha sido sencillamente la historia de un acontecimiento histórico; más bien expresa una verdad atemporal subyacente a la existencia diaria de la gente. Un mito siempre tiene que ver con *ahora*. Cada día, los arios volvían a representar el relato del rey sacrificado matando ritualmente a un animal para recordarse a sí mismos el sacrificio exigido por cada guerrero individual, que diariamente ponía su vida en peligro por su pueblo.

Se ha dicho que la sociedad aria era originalmente pacífica y no recurrió a las incursiones agresivas hasta finales del II milenio.⁶² Otros estudiosos señalan que las armas y los guerreros ya están presentes en los textos más tempranos.⁶³ Las historias míticas de los dioses de la guerra arios —Indra en la India, Verethragna en Persia, Hércules en Roma y Thor en Escandinavia— siguen un patrón similar, por lo que esta idea marcial tuvo que surgir en las estepas antes de que las tribus siguieran caminos diferentes. Se basó en su héroe Triton, que conduce la primera incursión para robar ganado contra la serpiente de tres cabezas, uno de los habitantes indígenas de una tierra recientemente conquistada por los arios. La serpiente fue tan temeraria como para robar el ganado de los arios. Triton no sólo la mata y recupera los rebaños: esa incursión se transforma en una batalla universal que, como la muerte del rey sacrificado, restaura el orden cósmico.⁶⁴

La religión aria concedía una sanción suprema a lo que fundamentalmente era violencia y robo organizado. Cada vez que partían para una incursión, los guerreros tomaban una bebida ritual del licor embriagador extraído del soma, una planta sagrada que los imbuía de un éxtasis frenético, como hizo Triton antes de perseguir a la serpiente; se sentían uno con el héroe. El mito de Triton implicaba que todo el ganado, la medida de la riqueza en una sociedad de pastores, pertenecía a los arios y que ningún otro pueblo tenía derecho a estos recursos. La historia de Triton ha recibido el calificativo de «mito imperialista» por excelencia, porque ofreció una justificación religiosa a las campañas militares indoeuropeas en Europa y Asia.⁶⁵ La figura de la serpiente presentaba a aquellos pueblos nativos que se atrevían a resistir los ataques arios como inhumanos, como monstruos deformes. Sin embargo, el ganado y la ri-

queza no eran los únicos trofeos por los que merecía la pena luchar: como Gilgamesh, los arios también buscaban honor, gloria, prestigio y fama póstuma en la batalla.⁶⁶ La gente rara vez va a la guerra sólo por una razón; suele estar motivada por una serie de razones interrelacionadas, materiales, sociales y religiosas. En la *Iliada* de Homero, cuando el guerrero troyano Sarpedón anima a su amigo Glauco a participar en un peligroso asalto al campamento griego, enumera, de forma más bien inconsciente, todos los beneficios adicionales de una reputación heroica —un asiento especial, las mejores tajadas de carne, el botín y un «gran pedazo de tierra»— como parte integral de la nobleza de un guerrero.⁶⁷ Es significativo que las palabras *valor* y *valentía* tengan una misma raíz indoeuropea, como ocurre con *virtud* y *virilidad*.

Sin embargo, aunque la religión aria glorificaba la guerra, también reconoció que esta violencia era problemática. Toda campaña militar implica actividades que se juzgarían aberrantes y poco éticas en la vida civil.⁶⁸ En la mitología aria, por lo tanto, a veces se designa al dios de la guerra con el nombre de *pecador*, porque un soldado se ve obligado a actuar de modo que su integridad queda cuestionada. El guerrero siempre porta una máscara.⁶⁹ Incluso Aquiles, uno de los mayores guerreros arios, no escapa a ello. Ésta es la descripción de la *aristeia* («devastación triunfal») en la que Aquiles asesina frenéticamente a un soldado troyano tras otro:

Como el fuego inhumano que furioso barre los rincones
de la montaña seca y prende fuego a la profunda madera
y el viento jactancioso azota la llama, así Aquiles
barrió a todos con su lanza, como alguien que era más que un mortal.⁷⁰

Aquiles se ha convertido en una fuerza inhumana de poder puramente destructivo. Homero lo compara con un trillador que aplasta la avena en la trilla, pero que en lugar de producir alimento, «pisotea muertos y escudos», como si fueran indistinguibles: «Sus manos invencibles [...] [estaban] salpicadas por despojos sangrientos».⁷¹ Los guerreros jamás alcanzaron el primer rango en la sociedad indoeuropea.⁷² Siempre lucharon para «ser los mejores» (del griego, *aristos*); sin embargo, fueron relegados a la segunda clase, por debajo de los sacerdotes. Los pastores no podían sobrevivir sin las incursiones; su violencia era esencial para su economía, pero a menudo la agresión del héroe repelía a los individuos que lo reverenciaban.⁷³

La *Iliada* no es, ciertamente, un poema antibelicista, pero al mismo tiempo que exalta las hazañas de sus héroes, nos recuerda la tragedia de la guerra. Como en la *Epopéya de Gilgamesh*, el dolor de la mortalidad a veces brota entre la excitación y el idealismo. La tercera persona en ser asesinada en el poema es el troyano Simoesio, un hermoso joven que, según dice Homero, debería haber conocido la ternura de la vida familiar, pero que es derribado por el guerrero griego Áyax:

Cayó en el polvo como el negro álamo
nacido en la orilla de una espaciosa laguna
y coronado de ramas
que corta el carretero con el hierro
reluciente, para construir las ruedas de un hermoso carro
dejando que el árbol se seque en la ribera.⁷⁴

En la *Odisea*, Homero aún va más lejos y socava el ideal aristocrático en su conjunto. Cuando Odiseo visita el inframundo le horrorizan las muchedumbres tumultuosas de los muertos vociferantes, cuya humanidad ha degenerado tan obscenamente. Al encontrarse con la desconsolada sombra de Aquiles, intenta apaciguarlo: ¿acaso no fue honrado como un dios antes de morir y gobierna ahora entre los muertos? Pero Aquiles no las tiene todas consigo. «No saques lustre a la muerte para consolarme —replica—: Preferiría seguir en la tierra y trabajar para algún campesino pobre que ser el señor de los muertos inánimes.»⁷⁵

No tenemos una evidencia sólida al respecto, pero probablemente los pastores que vivían en las regiones montañosas que circundan el Creciente Fértil introdujeron la guerra en Sumeria.⁷⁶ A los pastores les pareció irresistible la riqueza de las ciudades y perfeccionaron el arte del ataque por sorpresa; su velocidad y movilidad aterraba a los moradores de la ciudad, que aún no dominaban la equitación. Tras unas pocas incursiones relámpago, los sumerios habrían dado los pasos necesarios para proteger a su gente y a sus almacenes. Probablemente, estas incursiones les dieron la idea de utilizar técnicas similares para apoderarse del botín y las tierras cultivables de una vecina ciudad sumeria.⁷⁷ A mediados del III milenio a. C., la llanura sumeria se movilizó para la guerra: los arqueólogos han descubierto un marcado aumento de las fortifica-

ciones amuralladas y las armas de bronce en este estrato. No se trató de algo inevitable; no hubo tal escalada de conflicto armado en Egipto, que también desarrolló una sofisticada civilización, pero era un Estado agrícola más pacífico.⁷⁸ El Nilo inundaba los campos con una regularidad casi infalible y Egipto no estaba expuesto al tumultuoso clima de Mesopotamia; tampoco estaba rodeado de montañas llenas de pastores belicosos.⁷⁹ Es probable que los reinos egipcios dispusieran de una milicia ad hoc para repeler un ocasional ataque nómada procedente del desierto, pero las armas desenterradas por los arqueólogos son burdas y rudimentarias. La mayor parte del arte del Antiguo Egipto celebra la alegría y la elegancia de la vida civilizada y en la temprana literatura egipcia hay una escasa glorificación de la guerra.⁸⁰

Sólo podemos rastrear el progreso de la militarización sumeria a partir de una evidencia arqueológica fragmentaria. Entre el 2340 y el 2284 a. C., la lista real sumeria registra treinta y cuatro guerras entre ciudades.⁸¹ Los primeros reyes de Sumeria fueron sacerdotes especializados en astronomía y rituales; progresivamente se convirtieron en guerreros como Gilgamesh. Descubrieron que la guerra era una incalculable fuente de ingresos que les reportaba un botín y prisioneros para trabajar los campos. En lugar de esperar el próximo avance en la productividad, descubrieron que la guerra proporcionaba ingresos más rápidos y cuantiosos. La *Estela de los buitres* (c. 2500 a. C.), ahora en el Louvre, representa a Eannatum, rey de Lagash, liderando a una falange de tropas estrechamente unidas y poderosamente armadas contra la ciudad de Umma; era, evidentemente, una sociedad equipada y entrenada para la guerra. La estela registra que, aunque pidieron clemencia, tres mil soldados ummaítas fueron asesinados ese día.⁸² Una vez militarizada la llanura, los reyes tuvieron que prepararse para defender y, si era posible, ampliar su territorio, la fuente de su riqueza. La mayoría de estos conflictos sumerios eran campañas de represalias por el botín y el territorio. Ninguna dio la impresión de ser definitiva y hay indicios de que algunos las consideraban inútiles. «Avanzas y arrebatas su tierra al enemigo —se lee en una inscripción—: El enemigo avanza y te arrebató tu tierra.»⁸³ Sin embargo, las disputas se zanjaban más por la fuerza que por la diplomacia y ningún Estado podía permitirse no estar preparado militarmente. «El Estado pobre en armas —comentaba otra inscripción— no logrará hacer retroceder al enemigo a sus puertas.»⁸⁴

Durante estas guerras irresueltas, los aristócratas y sus sirvientes sumerios fueron heridos, asesinados y esclavizados, pero los campesinos

sufrieron mucho más. Al ser la base de toda riqueza aristocrática, ellos y su ganado eran regularmente masacrados por un ejército invasor, sus casas y graneros eran demolidos, y sus campos regados con sangre. Las aldeas campesinas se convertían en tierra baldía, y la destrucción de las cosechas, los rebaños y el equipo agrícola a menudo se traducían en severas hambrunas.⁸⁵ La naturaleza no concluyente de estas guerras significaba que todo el mundo sufría y no había una ganancia permanente para nadie, pues el ganador de hoy con toda probabilidad sería el perdedor de mañana. Éste iba a ser el gran problema de la civilización, ya que las aristocracias enfrentadas siempre competirían agresivamente por los escasos recursos. Paradójicamente, la guerra que supuestamente enriquecía a la aristocracia a menudo perjudicaba la productividad. Ya en esta temprana fecha se hizo evidente que a fin de prevenir este sufrimiento inútil y autodestructivo era fundamental contener a estas aristocracias enfrentadas. Una autoridad superior tenía que disponer del músculo militar necesario para imponer la paz.

En 2330 a. C., un nuevo tipo de gobernante surgió en Mesopotamia cuando Sargón, un soldado común de orígenes semíticos, dio un golpe de Estado exitoso en la ciudad de Kish, marchó sobre Uruk y destituyó a su rey. Repitió este proceso en una ciudad tras otra hasta que, por primera vez, Sumeria fue gobernada por un único monarca. Sargón creó el primer imperio agrícola del mundo.⁸⁶ Se dijo que con un enorme ejército de cinco mil cuatrocientos hombres conquistó territorios en los actuales Irán, Siria y el Líbano. Construyó Acad, una nueva capital, acaso situada en las inmediaciones del moderno Bagdad. En sus inscripciones, Sargón —cuyo nombre significa «Verdadero y Legítimo Rey»— afirmó haber gobernado «la totalidad de las tierras bajo el cielo» y las generaciones posteriores lo reverenciaron como un héroe modélico, a semejanza de Carlomagno o del rey Arturo. Durante milenios, los gobernantes mesopotámicos se llamaban a sí mismos «señores de Acad», en su memoria. Sin embargo, sabemos muy poco del hombre o de su imperio. Acad se recuerda como una ciudad cosmopolita y exótica, y como un importante núcleo comercial, pero su emplazamiento no ha sido descubierto. El imperio ha dejado pocas huellas arqueológicas, y lo que conocemos de la vida de Sargón es en gran medida legendario.

No obstante, su imperio marcó un hito. Como primera forma de gobierno suprarregional del mundo, se convirtió en modelo para el futuro imperialismo agrario, no sólo por el prestigio de Sargón, sino porque no había otra alternativa viable. Se logró un imperio mediante la

conquista de territorios extranjeros: los sujetos individuales fueron reducidos a vasallos, y los reyes y jefes tribales se convirtieron en gobernadores regionales, con la tarea de extorsionar impuestos en especie a su pueblo —plata, grano, incienso, metales, madera y animales— y enviarlos a Acad. Las inscripciones de Sargón afirman que libró treinta y cuatro guerras durante su excepcionalmente dilatado reinado de cincuenta y seis años. En todos los imperios agrarios posteriores, la guerra sería la norma; no era simplemente el «deporte de los reyes», sino una necesidad económica y social.⁸⁷ Además del saqueo y el botín, el objetivo principal de toda campaña imperial era conquistar y exigir tributos a un número mayor de campesinos. Como explica el historiador británico Perry Anderson: «La guerra era posiblemente el modo más *racional* y *rápido* de expansión económica, de obtención de excedentes, disponible para cualquier clase gobernante».⁸⁸ Luchar y obtener riquezas eran inseparables: liberados de la necesidad de involucrarse en el trabajo productivo, la nobleza tenía ocio suficiente para cultivar sus destrezas marciales.⁸⁹ Sin duda, luchaban por el honor, la gloria y el puro placer de la batalla, pero el conflicto armado era «tal vez por encima de todo, una fuente de beneficios, la ocupación principal de los nobles».⁹⁰ No necesitaba justificación: su necesidad era manifiesta.

Sabemos tan poco sobre Sargón que resulta difícil ser precisos acerca del papel de la religión en sus guerras imperiales. En una de sus inscripciones, afirmó que después de derrotar las ciudades de Ur, Lagash y Umma, «el dios Enlil no le dejó tener rival, le entregó el mar Superior e Inferior, y los ciudadanos de Acad asumieron [puestos de] gobierno».⁹¹ La religión siempre había sido fundamental en la política mesopotámica. La ciudad era viable porque alimentaba y servía a sus deidades: indudablemente, los oráculos de esos dioses respaldaron las campañas de Sargón. Su hijo y sucesor, Naram-Sin (r. 2260-2223 a. C.), que amplió aún más el Imperio acadio, fue conocido como el «dios de Acad». En tanto nueva ciudad, Acad no podía declarar haber sido fundada por uno de los *anunnakis*, por lo que Naram-Sin afirmó que él era el mediador entre la aristocracia divina y sus súbditos. Como veremos, a menudo los emperadores agrarios fueron glorificados como tales, lo que les proporcionaba un instrumento de propaganda útil para justificar grandes reformas económicas y administrativas.⁹² Como siempre, la religión y la política se alimentaban mutuamente, los dioses eran el *álter ego* del monarca y santificaban la violencia estructural esencial para la supervivencia de la civilización.